

# DESCUBRIR A CAPOTE (ODA EN TRES ACTOS Y UN MARTINI DOBLE)

Por Andrés Mulero

-1-

La voz ha irrumpido como un tren de mercancías para decirme que mi sueño ha terminado. Una vez despierto, no hay marcha atrás. Me relajo y espero a que mi cerebro salga de la hibernación y comience a funcionar, lentamente, como una máquina. Consigo que la voz grave y educada que me susurra al oído se convierta en algo inteligible. Me importa muy poco lo que diga la voz, así que dejo que continúe hablando por cortesía. Qué demonios, hace años que nos conocemos y le tengo afecto. Sólo espero que mi mente se oxigene, nada más, cosa de unos minutos. Entonces, apago la radio y agradezco el silencio.

He dormido lo suficiente. Me siento ligeramente embotado, pero enseguida la cosa mejora. Hace días que tengo decidido una programación para hoy. Domingo, 28 de mayo de 2023. Elecciones municipales. Y ninguna perspectiva de que hoy sea un día histórico, ni mágico, ni especial. Son las 8 horas y diez minutos de la mañana.

Pongo el móvil en marcha y repaso por encima la prensa del día, lo justo para no desesperarme. Repaso mentalmente el *timing* de lo que me espera y es entonces cuando cometo el error que hace saltar por los aires toda la planificación.

Mi voz interior me recuerda que tengo pendiente de lectura el texto de Capote. Mi vocecita interior me anima, me ruega, me suplica, me exige. Mi vocecita interior sabe que mi yo irracional es fácilmente manipulable antes del desayuno. Así que, puestos a ser previsibles, cedo a la tentación. Salto de la cama a pie frío, recojo en mi despacho el puñado de fotocopias y regreso al dormitorio. Será cosa de diez minutos como mucho.

A la luz de la lamparilla leo con voracidad *Una adorable criatura* y, al terminar, mi vocecita interior da las gracias a Truman Capote (qué cabrón, qué bueno es) por el simple placer de una lectura plagada de risas, sutilezas y talento. Entonces me doy cuenta que he dejado el texto atacado de anotaciones y subrayados, a lápiz, a boli y con marcas de rosa fosforito. Casi una hora de reloj, profeta.

Desde la cristalera de la cocina, compruebo cómo la lluvia de esta noche le ha pasado factura a mis hortensias y ha desmigado en el suelo de la terraza un sinfín de diminutos pétalos azules. Con una sonrisa bobalicona continúo degustando lo que acabo de leer mientras preparo el desayuno. Café, tostadas con mantequilla, mermeladas, zumo de naranja, manzana y fresas. Mi desayuno se convierte en un ritual insulso, mecánico y aburrido, a pesar de las fresas. La brillantez del texto, el lenguaje, el tono, las anécdotas, eso es lo que trajina en mi cabeza mientras el café me corre garganta abajo. Porque me reconozco en ese hedonismo desacomplejado del bueno de Truman. Porque me he reído a carcajadas con algunas de las tonterías que explica. Porque, simplemente, la interacción de ambos personajes se resuelve en un cóctel fascinante. Me veo, como un cerdo en un lodazal, chapoteando en esas líneas al descubrir una forma de abordar la escritura tan sencilla, tan difícil, tan directa, tan rica, tan poética, tan tramposa. Y tan auténtica y personal como la envidia que siento. *Truman, I love you*. Sonrío saboreando el placer inesperado de una lectura fortuita en esta mañana de primavera. Un regalo de domingo, casi nada. Mientras recreo para mí el deambular ocioso de Marilyn y Capote por las calles de New York, compruebo una vez más hasta qué punto el cine y las novelas han bastardeado en mi retina una imagen de esa ciudad, una iconografía urbana de espacios tan familiares y amados como mi sofá. Amamos esa mentira sabiendo que es una mentira, pero es nuestra mentira. Billy Joel le puso nombre a esa enfermedad, así que cada cual puede tener su propio New York sin necesidad de visitar al psiquiatra. Por eso me cuesta tan poco imaginar a esos dos, una rubia platino de ojos azules y un dandy bajito de maneras afectadas, sentados muy juntos en un banco a orillas del Hudson, cuando el atardecer perfila la silueta sombría del puente de Queensboro.

Llegados a este punto, me siento fatal y empiezo a destilar algo parecido a la culpabilidad, pero menos. Mi voz interior me apremia para que coja mi libreta de notas y compruebe la lista de colegios electorales repartidos por la ciudad. Se supone que

esta mañana he de emplear unas tres horas en un trabajo de campo relajado pero exhaustivo. Y otras tantas por la tarde. Eres un agonías.

Lamentablemente, o no, termina por imponerse la insensatez. Es domingo y con eso me lo justifico a mí mismo. Me conecto a Filmin y me trago *The Capote tapes*, una extraordinaria autopsia a tripa abierta sobre el personaje en formato documental. Capote en toda su crudeza, en todo su esplendor, para bien y para mal, aunque la aproximación al icono es absolutamente considerada y respetuosa. Pero muy reveladora.

Al finalizar, me siento desbordado y tengo la mirada en blanco y negro.

Me cepillo los dientes, me visto y me echo a la calle. Necesito ventilarme, necesito aclarar ideas. Tomo mi ruta preferida para un paseo de una hora. El día es hermoso, la ciudad sigue aún medio dormida y hay poca gente en las calles. En Sant Magí, a la altura del Kursaal, me reencuentro con el *drifter* que siempre sonrío, con su tripón de serie y la barba de una semana. Debería apartarle cinco pavos cualquier día de estos. Aún no sé su nombre, aunque de cuando en cuando me detengo a saludarle. Siempre acaba pidiéndome pasta mientras se toca el corazón mirándome con ojos tiernos. Yo le sonrío y le digo la verdad, que jamás llevo efectivo encima, por convicción. Avanzo hasta la Rambla y, ya en la Plaça de la Creu, distingo de lejos a Mónica charlando con el conductor de un monovolumen negro. La he reconocido, de espaldas, por su imposible melena canosa, tremenda y alborotada. Hace tiempo que su estilismo alter le va a la contra, aunque no seré yo quien se lo diga. Su sonrisa adolescente y un irrenunciable activismo por las causas perdidas forman parte de ese encanto que me entenece, pero en la distancia. Paso de largo y me enfilo hacia el Barri del Rec, un espacio y un lugar perfectos para dejar que la imaginación juguete hasta la psicopatía.

-2-

*Es un escritor. Un escritor. A poco que hayas leído te suena el nombre de Capote. Y si te gusta el cine sabes que es el responsable indirecto de Desayuno con diamantes o A sangre fría. Sabes que era un tipo excéntrico, de un ego descomunal y voz irritante. Sabes que compartía plato, cuchara y tenedor con la aristocracia de New York, y que*



*era íntimo de Tennessee Williams y de Gore Vidal. Sabes que conocía a Marilyn, a Warhol y a todo el mundo. Sabes que en su casa nunca faltaban el Martini, el vodka y toda clase de alegrías hepáticas. Sabes que con el tiempo se aficionó también a los cócteles de ansiolíticos, antidepresivos y estimulantes con divertida inconsciencia. Sabes que pasó algunos veranos en la Costa Brava mientras escribía su gran novela americana. Sabes que montó un fiestón en el Hotel Plaza de New York que ha quedado como un hito en los anales de la beautiful. Sabes que existen dos películas que se aproximan al personaje, aunque Capote daría para seis u ocho largometrajes. Sabes que, en los últimos quince años de su existencia, nuestro socialité se convirtió en una reinona que se dedicó a vivir de rentas, de su imagen, de la máscara. Y sabes que un día de 1984, un tipo de New Orleans llamado Truman Streckfus Persons decidió acabar con Truman Capote en su casa de Bel Air, en Los Ángeles. Sabes que sabes muy poco, realmente sabes muy poco. Conoces la espuma. Es un escritor. Un escritor del que no habías leído nada, hasta hoy.*

*Ahora sabes además que, como otros, aventuró y definió un nuevo tiempo en aquel país. Su desparpajo, su encanto natural, su discurso mordaz y provocativo, su talento enorme, su sexualidad vivida sin complejos ni subterfugios, le sitúan en el tiempo justo y en el lugar adecuado. Intenta por un momento imaginar a Capote diez, veinte años atrás. Para empezar, seguramente sus escritos no hubiesen llegado a ver la luz. Ni tampoco esas fotos de querubín atormentado y mirada melancólica, tan de cantante pop. El premio para alguien como Truman era la cárcel, y/o el aislamiento, y/o el repudio social, poca broma. Una lotería muy venenosa. El contexto no le hubiese favorecido, no. ¿Imaginas a un gossip-boy gay como Truman, un advenedizo muerto de hambre y recién llegado, intentando hacer la competencia a dos lagartonas caníbales como Louella Parsons o Hedda Hopper? Ni en broma: lo hubieran destrozado. Lo más probable es que hubiese terminado escribiendo cuentos sobre gatitos. O, peor aún, cocinando articulillos para el Reader's digest. No, Truman lo hubiese tenido todo en contra. El código Hays y la mala leche del senador McCarthy eran solo síntomas, una cosa muy seria, pero había algo mucho más enorme y pegajoso que impregnaba todos los órdenes de la sociedad. Ese tufo tan conservador, tan puritano que les sale aún en cuanto rascas un poco, ya me entiendes. Esa mojigatería que está en el ADN fundacional del país, como lo están el pastel de manzana o el pavo relleno. También la hipocresía, o las armas, o la falta de escrúpulos. Son pecados de origen que, de momento, nadie cuestiona. Y luego*



*estaba, está, además, esa obsesión enfermiza de algunos por la moral y la decencia y los ardores de entrepierna, no precisamente en este orden. En fin, vamos a dejarlo aquí, no nos desviemos, por seguir con nuestro chico. Sé que eres un tipo de mente algo sucia, así que seguro que ya te imaginas a Truman intentando ligar con Cary Grant o directamente arrancándole los calzoncillos a Cole Porter. Aunque lo más probable es que, de haber vivido en esa época, el bueno de Capote hubiese terminado siendo amorosamente acogido como mascota en el Círculo de costura. N'est-ce-pas? No, Truman llegó en el momento adecuado.*

A mitad de camino, en un claro fresco y umbrío de árboles sin nombre y matorral descuidado, me detengo a saludar a un perrito. Tiene todo el aspecto de un cachorro de pocos meses, adorable, de raza indefinida. Un tipo calvo, bajito, moreno y reseco lo tiene sujeto con una correa mientras trastea en su móvil.

-Hola, guapo -le digo al cachorrete con voz afectuosa.

El perrito se me acerca enseguida sin ningún temor, moviendo su colita.

-Lo siento, pero no me apetece. Estoy enfadado con él y llevamos 300 kilómetros-, escupe cortante el ceñudo, señalando con la cabeza la caravana que tiene aparcada allí mismo, a un par de metros tras él (transcripción literal).

Me doy por aludido, le deseo un feliz día y lamento para mí que la vida del pobre perrete dependa de semejante gilipollas. Y sigo mi camino.

En veinte minutos llego a casa y Truman sigue ahí, como una sonriente bestia de Lovecraft plantada en mi comedor, mirándome descaradamente a los ojos.

-3-

*Estoy desconcertado porque no sé aún cómo comenzar, ni qué decirte. Así que, como dice una amiga, "me dejaré llevar". Te diré que hoy ha sido un día extraño, un día de*



*esos en los que nada sale como uno esperaba. Puedo decirlo sin cautelas: tú has sido el culpable.*

*Acabo de ver un documental en el que Tennessee Williams y tú rellenáis a cuatro manos un crucigrama de odios, aficiones, deseos, viajes, amores, palabras, cartas, escritos y adicciones de todo sabor y color. ¡Qué tipo Williams! ¡Qué risa tan franca, qué presencia, qué maravilla escucharle hablar! Pero esto no va de tu amigo Thomas. Quiero hablar de ti, aunque sea para desahogarme.*

*Ejerciste durante años como bufón de la corte entre la gente guapa. Escribiste textos deliciosos, perfectos e implacables. Fuiste lo más provocador (con aroma a Chanel 5) que el establishment podía soportar. Hiciste lo que te dio la gana con tu vida. En definitiva, lograste tus objetivos. Ser rico y famoso, pero también querido y odiado. Y temido. Para eso hace falta mucho talento y mucha suerte. Y tú lo conseguiste. Te sobraba talento y supiste tocar el piano con gracia. Eras una estrella pop, un icono de la modernidad, más cool que Steve McQueen. Por eso no me explico cómo luego llegaste a convertirte en aquella lamentable caricatura de ti mismo, gordo, dopado y aburrido. Cómo te transformaste en una señora con sombreros de ala ancha, foulards de seda y gafas panorámicas, un disfraz absolutamente anacrónico e inútil que no ocultaba tu decadencia. Hasta tu narcisismo terminó por resultar empalagoso. ¿Lo sabías, verdad, Truman? Me duele el corazón solo de pensar en el simple momento en que supiste que tu personaje estaba amortizado, out, demodé. Tu enorme bocaza tuvo mucho que ver en ello. Entiendo que pasar los días en un pozo sin fondo de miedos, frustraciones, fantasmas y adicciones no debe ser fácil. Especialmente cuando se cierran las puertas y el teléfono deja de sonar. Reconócelo, envejeciste muy mal, arrastrando tu decadencia física por los platós de televisión y las discotecas de moda, intentando revivir una permanente, ridícula e imposible juventud. Y al final, te mueres sin cumplir los sesenta, convertido en un fante, después de haber brillado durante años con la intensidad de un diamante.*

*No lo entiendo y jamás lo entenderé. Pero te lo tenía que decir.*

*Pienso en Marilyn y pienso en ti. Pienso también en vuestras vidas tan paralelas. Por cierto, es delicioso el cariño que dejas entrever en tu paseo por las trastiendas del mito. Estabais destinados a conoceros y a reconoceros. En el fondo, erais muy*



*iguales, muy únicos, muy excepcionales. Marilyn, nuestra Marilyn, fue la gota de miel puesta en los labios de una sociedad infantiloides, timorata, conservadora y reprimida, que además acababa de salir de una guerra. Alguien apostó por ella a caballo ganador y ganó. No podemos concebir aquellos años sin ella, sin sus películas, aunque a Norma Jean todo aquello le supuso pagar un precio muy alto. También a ti. Somos tan frágiles, ¿verdad, Truman? Necesitamos sueños e ilusiones a los que aferrarnos y a los que no estamos dispuestos a renunciar, porque pueden justificar toda una vida y cómo vivirla. Por eso Marilyn era Marilyn y por eso un día la amamos, aunque jamás sabremos la verdad que se escondía tras aquella sonrisa Ruby Red de Max Factor. Eso ya forma parte de la leyenda y la leyenda siempre es un interesado cóctel de mentiras y medias verdades. El día que murió Marilyn, su imagen quedó fijada para siempre y el mito se abrió paso. Y más allá de las lágrimas, nos ahorró una decadencia que en su caso podría haber sido mucho más triste y mucho más dolorosa que la tuya, ¿no crees?*

*En fin, querido Truman, no te entretengo más. Esto es cuanto quería decirte por ahora. Como ves, directo a la yugular, como a ti te gustaba. Y te amenazo: nos encontraremos en tus libros.*

*Un beso.*

*Postdata: Si ves a Errol Flynn, dale recuerdos de mi parte. Y, si te apetece, escribe.*

Estoy de nuevo en mi cama, a medianoche.

Y mientras entro de puntillas en ese espacio de mi mente a medio camino de la inconsciencia, un archivo caprichoso y fuera de control se abre paso y despliega en mi memoria un documento de mis años de universidad. Toma cuerpo, entonces, la voz grave de Humphrey diciéndome: *Chaval, no permitas que Miles Davis te estropee un buen polvo.* Antoñito, alias Humphrey, ojos turbios, lengua ceporra y cansada, pronunció esta sentencia inmortal en el bar de mi Facultad, en la Central, una tarde de invierno del siglo pasado.

¿A quién le importa la puta jornada electoral si hoy has descubierto a Truman Capote?



**Diputació  
Barcelona**

| *Xarxa de Biblioteques  
Municipals*